

Vida en seis músicas

Francisco Javier IRAZOKI*

1 Para los jóvenes españoles nacidos en los años cincuenta del siglo XX, la modernidad musical fue un ovni que vimos pasar entre las ondas de unos pocos programas de radio. El rock o el blues, y no digamos el jazz vanguardista, estaban sepultados en el folclor. Fernando Arbex y algunos otros luchaban por sintonizar con las corrientes del pop inglés. Hasta que **Teddy Bautista**, con su grupo “Los Canarios”, introdujo en nuestro país un soul que en nada desmerecía del mejor fabricado en EEUU. En España nadie ha cantado con tanta potencia y desgarro ese tipo de música, y la fuerza vocal de Teddy iba acompañada de clarividencia artística. Yo tenía dieciséis o diecisiete años cuando Bautista publicó ***En los bosques de mi mente***, una canción vibrante y de estructura compleja, donde incluía varios compases de sintetizador. Los tribunales dictarán sentencia sobre las gestiones positivas o negativas de Teddy Bautista al frente de la SGAE, pero el talento del artista quedará fuera de toda sospecha.

2 A mis veinte años, **Pink Floyd** editó el álbum ***Wish you were here***, homenaje al primer líder del grupo, Syd Barrett, perdido en los laberintos del LSD. Inesperadamente, con un aspecto físico irreconocible, Syd visitó a sus antiguos compañeros en una de las sesiones de grabación. Tras el éxito del disco anterior, *The dark side of the moon*, la fraternidad mencionada por Roger Waters empezó a resquebrajarse, pero la canción que da título genérico a la nueva obra mantiene la unidad creativa. La letra de Waters evoca con inteligencia a su amigo. Sin embargo, cubre de dudas la imagen de Barrett: *¿Sabes distinguir un campo verde / de un frío raíl de acero? / ¿Una sonrisa de un velo? (...) ¿Consiguieron hacerte cambiar / tus héroes por fantasmas? / ¿Cenizas ardientes por árboles?* Las palabras son transmitidas con la bella melodía compuesta por David Gilmour, quien demuestra que no solamente es un cantante y guitarrista notable, sino autor de varios de los mejores hallazgos musicales de Pink Floyd.

227

3 Al instalarme en París, en 1993, dediqué muchas horas a escuchar músicas renacentistas y barrocas. En el Conservatorio, pero también en casa. **Claudio Monteverdi** era entonces el compositor preferido de mi esposa. En las tardes de invierno sonaba ***El combate de Tancredo y Clorinda***, con texto extraído de un poema épico —*Jerusalén liberada*— de Torquato Tasso. Creada en la segunda década del siglo XVII, la obra sacudió, con trémolos y *pizzicatos*, la ortodoxia de su época. Y tuve la extraña impresión de que la energía y tristeza de la música albergaban la vida entera del autor. Un hombre polemista, partidario de la libertad rítmica y las disonancias, siempre innovador y perseguido por el infortunio. Como si allí, en los acordes unidos con tanta maestría, estuvieran las doce óperas desaparecidas en los

*Poeta y periodista musical.

saqueos de Mantua, las depresiones por la muerte de Claudia Cattaneo y el hijo primogénito, las persecuciones de la Inquisición al hijo astrónomo, los años finales en que Monteverdi ejerció de sacerdote.

4 No creo en la palabra “genio” aplicada a los creadores de arte. La he leído en páginas escritas con más orgullo que templanza. Parece que a menudo sirve de etiqueta para definir al artista solo ocasional, al que ama los enredos expresivos, al despechado irascible. A mi juicio, la excepción es **Johann Sebastian Bach**, una cima a la que debo muchas horas de placer. Gracias, sobre todo, a **La pasión según san Mateo**. Sus coetáneos lo consideraban maestro del contrapunto, buen clavecinista y organista. Nada más. De la misma manera que el cadáver de Mozart acabó arrojado a una fosa común, las composiciones de Bach únicamente recibieron desdén. Para el genio, la indiferencia envuelta en el vocablo “reaccionario”. Él no necesitaba transgredir; respetó las tradiciones armónicas. Recuerdo con cuánta sorpresa analizamos sus partituras en el Conservatorio. Con frecuencia, su calidad la encontramos en las notas que creíamos ornamentales. En los pormenores minúsculos que crean lo inefable.

228 **5** Los primeros veinte años de residencia en París fueron los de mi entusiasmo por la música de **Josquin Desprez**. Su biografía sigue cubierta de misterios. Aún no se ha disipado la bruma de las fechas y el lugar de su nacimiento. Ni siquiera existe consenso sobre la grafía correcta del apellido. Quizá oriundo de Picardía, desempeña el cargo de sochantre en Milán, se traslada a Roma —donde dirige la capilla pontificia—, pone las partituras al servicio de la corte de Luis XII. Sí sabemos que muere en el siglo XVI. Lo que destaca con nitidez es su depuración de las técnicas vocales de Guillaume Dufay; el conjunto de motetes; la escritura clara, a pesar de la complejidad interna de las polifonías. Algunos dicen que compuso el mejor Ave María de la Historia. Por fin, toda la niebla cae ante la belleza de sus *Chansons*, en especial si están interpretadas por el contratenor Dominique Visse y el Ensemble Clément Janequin. Sobresale la emocionante **Déploration sur la mort de Joannes Ockeghem (Nymphes des bois)**, dedicada a su maestro.

6 Según mi experiencia, para aprender libertad creativa conviene orientarse con la brújula de **John Coltrane**. Hijo de sastre y pianista, nació en una ciudad norteamericana con nombre de tragedia teatral: Hamlet. Ya en la adolescencia se impuso una disciplina estricta en el estudio de las técnicas que utilizaba Charlie Parker. Antes de bajar por un barranco de adicciones (alcohol, heroína), entró en el grupo de Dizzy Gillespie. Sus colaboraciones con Miles Davis dieron al menos una joya para la Historia del jazz: *Kind of blue*. Después de trabajar con Thelonious Monk, inició el camino en solitario. Desde Dakar hasta *Expression*, casi cincuenta discos sin ninguna concesión al miedo musical. Su principal logro acaso sea *A love supreme*. Publicó esta obra cuando yo tenía solo diez años, pero ha marcado mi edad adulta. En la primera parte, **Acknowledgment**, hay un fondo suave preparado por el pianista McCoy Tyner, el baterista Elvin Jones y el contrabajista Jimmy Garrison. Sobre esa paz, el dolor del líder. Los gritos de angustia que salen del saxo de John Coltrane seguirán estremeciéndome.